

---

## LA DEMOCRACIA EUROPEA.

---

Despues que sobrevino la tristisima reaccion que volvió á sacrificar Italia y Hungría, que amordazó la Francia, que arrojó al destierro á los defensores de la libertad, parecia que la palabra democracia iba á borrarse hasta del lenguaje : que tan grande fué nuestra derrota. Los soldados de la independencia de Hungría cayeron aplastados por una vil traicion y un ejército inmenso que amenazaba renovar los dias de Alarico y Atila; Venecia se hundió de nuevo en sus lagunas, como un cadáver galvanizado por la electricidad revolucionaria; Roma cayó bajo el peso de Europa, congregada contra su naciente libertad; las puertas de Milan se abrieron al austriaco; los restos de los soldados de la independencia italiana perecie-

ron en el funesto día de Novara; la prensa y la tribuna francesa, desde cuya cima la revolución había dado al mundo las tablas de sus derechos, rodaron por el suelo; los patriotas alemanes fueron arrojados de la asamblea donde condensaban el pensamiento del siglo, y un silencio sepulcral se extendió sobre Europa como anunciando que la libertad había muerto para siempre.

Los repúblicos que sólo aciertan á distinguir el breve día que pasa, creyeron la causa de la democracia perdida. Poco dados á enlazar los hechos con una idea superior, no comprendieron que el espíritu de un siglo no puede extinguirse hasta que no se haya encarnado en grandes leyes é instituciones. La reacción podrá triunfar un instante del pensamiento capital de una edad; pero bien pronto comprenderá que sólo ha servido para dar fuerzas á lo mismo que amenazaba destruir. Y la idea democrática es el pensamiento del siglo XIX. A través de sus reacciones y de sus revoluciones, de sus continuos é incesantes cambios, el espíritu del siglo XIX intenta, como el secreto de su vida, enlazar la idea de libertad con la de igualdad, y producir así la democracia. Si hay quien lo dude, que mire todos los acontecimientos que han pre-

cedido y acompañado á nuestro siglo. Cuando comenzaba á levantarse en el horizonte, dos grandes revoluciones anunciaban su venida al mundo: la revolución anglo-americana y la revolución francesa. Esas dos revoluciones, á pesar de la distancia que las separaba en el espacio, eran dos formas de un mismo pensamiento, dos manifestaciones de la democracia, guardadas en el seno de los hechos y en el santuario de la conciencia humana. Aún no había dado sus primeros pasos nuestro siglo, y ya la idea de la igualdad se encarnaba en un audaz guerrero que empañaba con el humo de sus cañones la corona del derecho divino en la frente de los reyes. Crecía el siglo, y á medida que iba creciendo, su espíritu inmortal dictaba á España el código de 1812; despertaba á Grecia; removía en sus raíces las viejas encinas de los antiguos troncos, á cuya sombra había reposado por tanto tiempo la humanidad, bien hallada con la servidumbre. En medio de este movimiento, pudo haber reacciones más ó menos duraderas; pero lo cierto es que hoy, en la mitad del siglo XIX, el trono del derecho divino no se ha levantado en Francia; la libertad ha crecido en España; la vieja aristocracia inglesa ha dejado rodar

las piedras más sólidas de sus cimientos; Italia se ha incorporado en su lecho de cenizas; los Principados Danubianos han roto sus cadenas; Hungría y Polonia esperan la hora de su resurreccion, y palpitan en el fondo de su sepulcro; América escribe en el seno de su gigante y volcánica naturaleza la palabra libertad; Suiza arranca sus hijos al servicio de los déspotas; Alemania se siente movida á llevar á la esfera de la realidad el pensamiento de su filosofía; Austria se vé herida en el corazon; Turquía pierde á todas horas pedazos de sus inmensos dominios; y Rusia, al mismo tiempo que penetra en el templo del Asia á interpretar sus misterios, y encender en sus rotas aras el fuego de la civilizacion, educa generaciones de siervos para la libertad y el derecho, como en otro tiempo la oscura Germania educaba sus bárbaros hijos para el cristianismo.

¿Cabe duda que la idea del siglo es la idea de la libertad? No. El siglo xix sostiene en la esfera política la soberanía del pueblo, en la esfera filosófica la libertad del pensamiento, en la esfera civil la igualdad de todos ante la ley, en la esfera económica la libertad absoluta de cambios, la libertad completa de comercio. Y si esta es la idea

capital del siglo xix, ¿qué partido, qué escuela interpreta mejor esta idea? No es ciertamente la escuela neo-católica, que quiere hacer de Dios un cómplice de todas las tiranías; no es la escuela doctrinaria, que bajo las formas de la libertad moderna conserva el absolutismo antiguo; no es la escuela progresista, que se deja llevar de la corriente de los hechos, y solo conoce el instinto de la libertad sin tener de ella conciencia; no: es la escuela democrática, que ha llegado al ideal del derecho, que ha sabido derivar la libertad de la misma naturaleza del hombre, que ha extendido en una larga y luminosa série la idea de nuestro siglo desde las más sublimes regiones de la conciencia hasta la vida práctica, enlazando así en una armonía inquebrantable la libertad con la sociedad, bajo una ley de justicia.

Por consiguiente, la democracia, que es la idea del siglo, será invencible. Cuando una escuela, cuando un pueblo se levanta á interpretar el pensamiento de una edad, esa escuela, ese pueblo derroca á todos sus enemigos en el polvo. Unos hombres débiles, recludos en un rincon de Europa, vencieron á los poderosísimos é inmensos imperios de Oriente, y los vencieron, no por la fuer-

za de las armas, sino por la virtud de la libertad. Cuando el mundo adelantó en su carrera, unos pobres desterrados, sin pátria, sin hogar, hicieron morder el polvo á todos los pueblos de la tierra, porque tenían una idea de derecho, superior á la que habian escrito los pueblos en sus Códigos. Cuando fué necesario salvar á la humanidad de un nuevo diluvio, la ola de la barbárie se estrelló contra el castillo feudal, único altar de la personalidad humana, que habia quedado en pié entre la revolucion universal del mundo. Cuando la fuerza del derecho feudal ataba al mundo con su pesada cadena, la maza del rey era inquebrantable, porque pulverizaba esas cadenas. Cuando las monarquías de derecho divino se hundian en el ocaso, la clase media, que habia llenado los calabozos, con las heridas todavía abiertas en sus espaldas por el látigo de los señores, arrojó el viento de la revolucion sobre el mundo, y las nuevas ideas subieron en tumulto de grada en grada el trono de la monarquía absoluta, y anegaron el gran coloso que se mofaba del tiempo. Pues bien, como la corriente de la vida no se detiene; como la gran catarata de los siglos va cayendo de generacion en generacion, la idea huma-

nitaria, que ha pasado de una edad á otra edad, de una escuela á otra escuela, se encierra hoy en el seno de la democracia, bello ideal que brilla entre las revoluciones modernas, sin que puedan sus ráfagas empañarla.

Por eso la democracia progresa en todos los países de Europa, é impulsa la civilizacion de nuestro siglo. Tres razas principales se dividen hoy el mundo; la raza heleno-latina, la raza anglo-germánica, la raza eslava. En estas tres razas el movimiento democrático se conoce en señales infalibles. La raza latina, hija del antiguo imperio romano, que le dió su cohesion y su fuerza, no puede renunciar á la idea de igualdad, que es una idea puramente democrática. Esa idea de igualdad penetró, en cuanto era posible, en las venas de los bárbaros que acamparon en nuestro suelo y que ofrecieron el cuello á la coyunda latina, á pesar de haber herido con su espada el corazon del imperio. De esa idea de igualdad brotaron en la Edad media los grandes municipios, que eran los depositarios de la vida del pueblo. De esa idea de igualdad se alimentaron las monarquías cuando pusieron la planta sobre la hidra del feudalismo. Esa idea de igualdad estalló en toda su grandeza

en la revolucion de 1789. Desde entonces, Francia, España é Italia no han renunciado á la idea democrática. A la idea democrática une Italia su independencia; á la idea democrática, Francia su apogeo; á la idea democrática, España su gloria. La democracia palpita en la mente y en el corazon de esta nuestra raza. Italia sabe que sólo siendo libre podrá ser independiente y una. Francia sabe que sólo siendo democrática podrá ser el corazon de Europa é infundir la vida de su idea al mundo. España sabe que su carácter democrático le dió una epopeya como no tiene igual ningun pueblo, una literatura que es su gloria, y un pueblo á cuyo corazon jamás pudo llegar la podredumbre en los últimos tiempos del absolutismo. Italia no ha podido ser humillada en el potro del tormento, porque la democracia ha ofrecido siempre á sus ojos la esperanza de libertad. Demócratas han sido los que han peleado en los campos de batalla, los que han perecido en los cadalsos, los que han derramado siempre una tempestad sobre Italia, que ha servido para conservarle en la servidumbre el calor de la vida. La democracia en Francia, áun hoy destronada, reina. El imperio no es la monarquía de derecho divino que pe-

reció en 1793; no es la monarquía de la restauracion que pereció en 1830; no es la monarquía de la clase media, que pereció en 1848; es la dictadura, que se engalana con los principios de la revolucion, y que quiere justificarse con el sufragio del pueblo. En España, el partido democrático ha encontrado un terreno dispuesto á recojer la semilla de su idea. La democracia, desde 1848, ha hecho grandes progresos. Tiene tradiciones, tiene oradores y escritores, tiene fuerzas dispuestas á seguirle, tiene compromisos contraidos en la representacion nacional, tiene diputados, tiene periódicos, tiene todas las señales de vitalidad que puede dar un gran partido. La democracia latina no ha desmayado, porque sabe que, siendo suyo el derecho, ha de ser tambien suya la victoria.

La democracia anglo-americana no procede como la democracia latina. Esta procede por revoluciones; aquella, como ha dicho últimamente un gran escritor, por evoluciones. La democracia germánica se espacia en la esfera del pensamiento. Su revolucion no ha descendido aún de la conciencia á la realidad. Raza ménos artística, pero más pensadora que la raza latina, no tiene esa fuerza plástica que nos lleva á nosotros á realizar

una idea ántes de comprenderla. La intuición en la raza latina es más poderosa que en la raza germánica. En cambio, la reflexión más poderosa en la raza germánica que en la raza latina. Nosotros miramos más á la libertad política; la raza germánica mira más á la libertad científica. Nuestro hermoso cielo, nuestro sol, nos convida á esparcirnos en el seno de la naturaleza, á vivir la vida pública, como nuestros padres los griegos y los romanos; por eso nos pagamos de la libertad política. Su clima, más despiadado, obliga á la raza germánica á encerrarse en el hogar, como su reflexión la obliga á encerrarse en la conciencia; por eso mira más á su libertad científica. Pero en la esfera del pensamiento, ¿cuántos servicios no ha hecho la democracia germánica al mundo? Ella ha investigado las leyes de la naturaleza humana, ha escrito en la conciencia el ideal del derecho moderno, ha mostrado que las leyes de la sociedad y las leyes del espíritu son idénticas, ha esculpido el pensamiento filosófico de la democracia moderna, ha animado la historia con el pensamiento de libertad, ha descifrado el secreto del progreso, nos ha mostrado que los siglos no se pierden, que vuelven en círculos concéntricos á

la eternidad, después de haber dejado una idea en el mundo, como vuelve la onda, después de haber besado la playa, por su propio impulso, á los profundos abismos de los mares. La democracia germánica ha escrito en letras luminosas, en la conciencia humana, la idea pura del derecho. Este gran beneficio no puede olvidarlo ni lo olvidará nunca el mundo.

En Inglaterra, el partido radical ha tomado otro carácter que en el continente, y ha destruido poco á poco aquella antigua aristocracia que amortizaba toda la vida del país. El partido democrático inglés se ajusta á las leyes, á las fórmulas del derecho, á las tradiciones antiguas, á las formas de aquel gobierno, y no toma el carácter que ha tomado en Francia. Pero esto proviene de la constitución de aquel país, constitución admirable por su respeto á los derechos individuales. Allí donde la ley respeta el hogar doméstico cual si fuera un templo, donde la palabra es libre, donde la conciencia no teme á la censura, donde las asociaciones ejercen su saludable influjo en la opinión pública, donde la tribuna no está amenazada por los golpes del Estado, allí los gobiernos nunca temerán á la revolución. Pero aunque la democracia

inglesa ejerza su ministerio en la esfera de la ley, aunque no pretenda realizar las reformas en su totalidad sino por grados, no deja por eso de tener una influencia grande y decisiva.

No es posible dudar de esto cuando se ve la decadencia de la aristocracia inglesa. Merced á este espíritu que se ha despertado en Inglaterra, la aristocracia ha perdido sus privilegios religiosos con la emancipacion de los católicos, ha perdido sus grandes privilegios económicos con la ley de cereales, que liegará á extender el sufragio á todos los ciudadanos, y perderá pronto sus privilegios administrativos, última fortaleza de aquella aristocracia. Esto prueba que el espíritu democrático es universal, puesto que en ese país, donde la aristocracia ha echado más fuertes raices, donde parece que el espíritu del continente no puede penetrar, donde la libertad tiene más bien un sentido histórico que racional, en ese país ha entrado tambien el espíritu de igualdad, que poco á poco anonada las antiguas instituciones.

El espíritu de libertad tambien levanta á los Principados Danubianos, y se extiende por Grecia, y se dilata en la raza escandinava. La raza eslava hoy sufre tambien una transformacion democrá-

tica. Esta raza es en el mundo moderno lo que la raza germánica en el mundo antiguo. Allá en sus hielos eternos, en sus bosques, cincela esta raza su personalidad, tal vez para estar pronta á dar una forma á la libertad moderna, que necesita de una raza fuerte y vigorosa. La voz de Rusia hoy ejerce el destino de despertar la personalidad dormida en esa raza. En los pueblos cuyo atraso intelectual es grande, la revolucion no sube del pueblo al gobierno, sino que baja del gobierno al pueblo. Esto sucedió en el siglo xvii con la revolucion política, y en el siglo xviii con la revolucion filosófica. La emancipacion de los siervos es el sentimiento de personalidad que se despierta en la raza eslava. De todos modos, lo cierto es que el espíritu democrático penetra en toda Europa, y que resistir á su poderoso influjo es resistir á la ley divina de la Providencia.

Diciembre 14 de 1859.